

Andrés Sabella

## Los viajeros opuestos

### Pretexto para la poesía

a Lydia Beltrán y sus caprichos.



**H**ABITACION en penumbra. Hay una lámpara que podría temblar de pavor si la salpicara una gota de sangre. Están: EL HOMBRE y LA MUJER. El: poseído de fiebre, enfermo. Ella: sentada en el lecho junto a su amante.

Todo como una arteria agobiada y llena de ensoñación. La noche es una inmensa red; y a esta habitación ha traído la ternura, las nostalgias, los pequeños abismos del amor.

EL HOMBRE (tiene echado sobre los ojos un pañuelo blanco de seda; habla con voz opaca, sin incorporarse).—... Yo venía de un duro clima. El sol es allá un círculo de maldición. ¡Demonio de sol!

LA MUJER.—Entonces, tu cabeza debió ser la gran semilla de los sueños.

EL HOMBRE.—Quizás... Creía en las más espléndidas mentiras...

LA MUJER.—La mentira es el Paraíso de nuestra sangre.

EL HOMBRE (como sin advertir el comentario de LA MUJER).—Creía en el poder de ciertas piedras que roen la conciencia

del hombre; en los animales sonámbulos que viven en este estado hasta su muerte; en la influencia de una mujer, al punto de parecernos—por ella—a una partícula del invierno...

LA MUJER.—Tu corazón giraría solicitado por cálices de fuego.

EL HOMBRE.—Era solitario y soñador.

LA MUJER.—Pienso en tu frente cruzada por una caravana de tambores brutales.

EL HOMBRE.—Amaba el rito de los labios que se comparan a las puertas del opio.

LA MUJER.—Y frecuentaste, sin duda, los caminos polvorosos donde la tarde permanece detenida en dulces rumores...

EL HOMBRE.—Las calles sombrías que atraen la lluvia y la desgracia, prolongaban sus perspectivas en mi alma.

LA MUJER.—Acaso, tú fueras para mí, en esos años, la nostalgia de «eso» que nos llena la mirada con tristes pañuelos de adiós.

EL HOMBRE.—Yo te buscaba; ¿cómo? ¡No sé! Alguien me dictaba tu huella en mi destino. No te han perdido los pliegues de mi memoria... Parecías una flauta que viniera a mí, esquivando todas manos.

LA MUJER.—Tu boca me evocó una manchita crepuscular.

EL HOMBRE.—Andabas recogiendo los ángulos del cielo, ¡hermosa mía!

LA MUJER.—¡Qué ocasión aquélla!...

EL HOMBRE.—Como para grabarla en el rostro de la suerte.

LA MUJER (*tal una esfinge atravesada de suavidad*).—Eras el brazo de sol que yo esperaba.

EL HOMBRE.—Nacida para regazo de mis locuras, los otros que conmovieron tu sangre, no podían ser sino pasajeros de tu sed.

LA MUJER.—Te adivinaba en los hombros del estío.

EL HOMBRE.—Yo te presentía formándote, gota a gota, en los panales.

LA MUJER.—Te veía avanzar como un ángel del ser en las proas del sexo, ¡mi talismán, mi alfarero sutil!

EL HOMBRE.—Intuir tu belleza era mi oficio. Rondaba las tardes y besaba el vino para sospecharte. Posees la amorosa combatividad de la tarde, el poder alucinante del alcohol, cuando se resuelve en cantos... Eras la canción de mis caminos.

LA MUJER (*su cuerpo es una llama dulcísima*).—Cada vez que escuchaba una melodía, entraba el goce en mí: te vislumbré en la música.

EL HOMBRE (*su boca recoge influencias nocturnas*).—¿No quedó ninguna huella extraña en tu corazón?, ¿ninguna sombra de varón para turbarte?

LA MUJER.—Tu amor asoló mis sentidos y despegó cualquiera presencia que hubiera competido con la tuya: fuiste como un mar que arrollara a una ciudad anohecida.

EL HOMBRE.—La esponja de tu seno.

LA MUJER.—Estoy plena de vestigios de tu alma. Diría que mi sitio en el tiempo es una estrella moldeada por tu instinto.

EL HOMBRE (*luchando con los espíritus de su antigua ternura*).—Yo penetré en tu abrazo, rechazando los fantasmas de mi corazón.

LA MUJER.—Lo sé: había uno que desesperaba por acercarte al mar; allí se paseaba una mujer macerada por el viento.

EL HOMBRE.—Otra intentó encegucarme con su mirada, que parecía descender de remotos climas de sopor. Un fantasma insistía en arrojar a mi lecho los despojos de una muchacha que resultaba la suma de los venenos.

LA MUJER.—El hombre es una confusión de máscaras.

EL HOMBRE.—Somos los perros del infinito.

LA MUJER (*resistiendo las palabras*).—Tal vez mañana, más tarde, algún día, yo también flotaré como un glóbulo de niebla en tus sienas...

EL HOMBRE (*seguro de su corazón*).—¡En ti concluyen las rutas!

Vasto silencio poblado de augurios. Continúa EL HOMBRE en su postura vencida, LA MUJER acaricia levemente al enfermo.

EL HOMBRE.—Pronto será Navidad.

LA MUJER.—¡Nuestra Navidad!

EL HOMBRE (*reconstruyéndose*).—En mi infancia, la Navidad era para mí el mar: mi padre me conducía a una playa semejante a un áureo tapiz; por única vez, toleraba mi radiante alegría bárbara.

LA MUJER.—Frente al mar, resucita en nosotros el caballo salvaje que nos condujo al vientre de nuestra madre.

EL HOMBRE.—Mi Arbol de Pascua fué siempre el velero distante.

LA MUJER.—Supondrías que los tesoros les eran revelados a los hombres por los duendes que controlan sus acciones.

EL HOMBRE.—Tú lo dices. Yo procuraba hacerme acreedor de sus bondades. Jamás golpeaba a un árbol y, mucho menos, ofendía a un animal...

LA MUJER.—¿Y después?

EL HOMBRE.—¡Hum!... Después... ¡El Oriente! Soñé con desiertos en que la muerte desfallecía de soledad; con la aventura de los tiburones que yo mataba, ensangrentando el océano por meses; con tribus comedoras de ojos humanos; con reyertas por el mando de un navío; con templos desolados, donde la luz era una vasta telaraña profunda e irreal.

LA MUJER.—Adoraste los crepúsculos horadados por la música; los viejos libros que olían a desventura; la ennegrecida comarca de tu alcoba, en que reformaste los mapas e invertiste las leyes de tu casta: ¿no fué así?

EL HOMBRE.—Me lees como una página muy conocida... Era un adolescente taciturno, roído por sucesos extraordinarios.

LA MUJER (*ansiosamente*).—Y, ¿cuándo te besó el amor?

EL HOMBRE.—La primera mujer que conocí dejó en mis venas un desencanto frío.

LA MUJER.—La tarde que nos encontramos contenía una atmósfera especial; dijérase que la Naturaleza se aderezaba para nosotros.

EL HOMBRE.—Yo regresaba de un horrendo viaje. El rumor de abejas del mar lo sentía en mis oídos.

LA MUJER (*dejándose llevar por el ensueño*).—No conozco el mar. Mi madre habitaba en la montaña. En la montaña, el aire pasa cargado de substancias enervadoras. El cielo mismo es un objeto familiar.

EL HOMBRE.—Se me ocurre que tu casa en la montaña, fué un animalito tembloroso que, habiendo salido a peregrinar, se quedó dormido, allí, para la eternidad.

LA MUJER.—Mi época de niña carece de campanas, de aros lanzados sobre el césped, de trajes lindos, ¡una infancia gris! Una noche, la tormenta llegó en un largo aullido de las bestias: la lluvia amenazaba como una marea de toros siniestros. Mi madre, de rodillas, clamaba a Dios. El agua infernal castigaba al mundo. Dios no escuchó. Momento a momento, la tormenta se ensanchaba. Mi madre se movía lívida. Me besaba como si una mano, ya en viaje por los aires, volase a separarnos.

EL HOMBRE.—¿Y Dios?...

LA MUJER.—No nos oía. Nunca oye el clamor de los desesperados. Yo quería verlo aquella noche, dominando el fragor, apaciguando a los elementos en furia. Yo quería sorprender su cara de pastor puro. Mas, ¿huyó del cielo que jamás nos escucha, ¿o es que lo entretiene la pobre angustia humana?

EL HOMBRE.—En el cielo no quedan más que cirios apagados...

LA MUJER.—Aquella noche fué atroz... Conservo en mi pulso una hebra de horror. ¡Y recuerdo otras noches!...

EL HOMBRE.—Ha sido tu enemiga.

LA MUJER.—Mi enemiga implacable. En una, en que las estrellas reventaban de claridad, penetró a mi casa un hombre

macilento y terroso, exigiendo dinero, mucho dinero... Mi madre se resistió. Yo observaba silenciosa, en un rincón. El hombre, con una crueldad que no he vuelto a conocer, sacó su puñal y se precipitó contra mi madre. La voz no fué en mi garganta...

EL HOMBRE.—Imagino tu corazón cual una rosa próxima al llanto.

LA MUJER se para. En puntillas, se dirige a la ventana. Pega su frente a los cristales y, lenta e inmóvil, prosigue, marginando su visión.

LA MUJER.—¡La noche!

EL HOMBRE.—¡Ahí la tenéis!

LA MUJER.—Echada como una leona de piel brillante, me desafía: ¡fiera de mil ojos!

EL HOMBRE.—La noche suele estallar su cólera en una herida de relámpagos.

LA MUJER.—La noche de los traficantes de blasfemias; de las hembras que enrollan a su cintura los infortunios; de los presidiarios que muerden el borde de su conciencia; de los monederos que reciben la cooperación del ojo de las lechuzas...

EL HOMBRE.—Es una columna sola.

LA MUJER.—El ópalo del anillo de los muertos.

EL HOMBRE: inmutable. La habitación podría compararse a una copa de cicuta. LA MUJER, juzgándolo dormido, se encamina a la puerta y, con cautela, llama a LA ADIVINADORA. Espera un breve lapso. Luego, aparece una mujer de ademanes lentos, en negro absoluto.

LA ADIVINADORA.—¿Duerme?

LA MUJER.—Desde algunos minutos.

LA MUJER. y LA ADIVINADORA se acercan a la cama del HOMBRE. LA ADIVINADORA y LA MUJER quedan separadas por el lecho. Se arrodillan. Los ojos brillan impacientes. LA ADIVINADORA tirará las cartas sobre el pecho del HOMBRE acostado.

LA ADIVINADORA.—La baraja es la boca del destino.

LA MUJER (*plena de unción*).—Yo respeto los veredictos del naípe; sus figuras son el zumo de la fortuna. Sus reyes dominan a todos los países y podrían aniquilar a todos los monarcas.

LA ADIVINADORA,—¿Le amas hasta el martirio?

LA MUJER.—Más todavía: ¡hasta la desesperación!

LA ADIVINADORA (*iniciando el acto de las profecías*).—Indaguemos su pasado.

LA MUJER.—Mirar hacia atrás es abrazarse al vinagre.

LA ADIVINADORA (*manipula con solemnidad*).—Veo a numerosas mujeres; una le llorará sin descanso. El sufrió por una morena que borró el océano. Mujeres y espadas. Tuvo noches terribles; le quisieron enloquecer; la muerte era su verdadera sombra...

LA MUJER (*en una ansiedad evidente*).—¡Violemos su porvenir! ¡Pronto, pronto!

LA ADIVINADORA.—Puesto que el presente te pertenece...

EL HOMBRE se queja débilmente. LA ADIVINADORA quiere ponerse en pié. LA MUJER la retiene persuasiva.

LA MUJER.—¡Dame el mañana! ¡La corona de espinas o la dicha!...

LA ADIVINADORA (*manipulaciones llenas de sigilosa ostentación*).—Veo un sendero que se reparte en dos. Tú gemirás demasiado. El guía un barco. Veo agua. Ruinas. Veo su cara manchada por un rayo de sangre.

EL HOMBRE se mueve. LA MUJER empalidece de angustia. LA ADIVINADORA, poseída por sus brumas, no repara en nada.

LA MUJER.—¿Quieres decir que se romperán nuestros sueños? ¡No! ¡Es imposible! (Entre abatida y soberbia) ¡Es mío, mío! ¡Se lo disputaré al destino!

LA ADIVINADORA.—Absurdo esfuerzo.

LA MUJER.—¡Sigue!

LA ADIVINADORA.—Veo que una mujer le enseña La Casa de las Flores. El besa a esa mujer. Un momento. Surgen otras. Está muy distante a tu corazón. Cada minuto es un velo en vuestros ojos. Remoto va de ti y no te olvida, sin embargo. Estás tatuada en sus ojos. Morirá lejano a tu solicitud, tratando de percibir tu imagen. El quiere que tú ilumines el primer otoño de sus cenizas. Sois los viajeros opuestos...

LA MUJER no presta atención a la salida de LA ADIVINADORA. Se queda mustia. Los genios de la angustia humana soplan su aliento febril contra el alma de LA MUJER. Se respira el desencanto.

LA MUJER.—Somos los viajeros opuestos... En un cruce de los años se interceptaron nuestras desdichas y juzgamos que la esperanza se volvía eterna en nuestra carne...

Se pone en pie. Cruza los brazos y espía al HOMBRE, imperativa y desengañada. EL HOMBRE se yergue y muestra una faz como tallada en bronce.

EL HOMBRE (sin morbosidad).—¡Es preferible morir! ¿Me entiendes?

LA MUJER (aparentando inocencia).—¿Qué es lo que dices?

EL HOMBRE.—¿A qué mentirnos? Somos los viajeros opuestos...

LA MUJER.—¡Juro que no entiendo tus palabras!...



EL HOMBRE.—Acabe tu farsa. No te reprocho. Mi silencio te indujo a suponerme dormido y quebraste el ara de nuestra mañana. Eso es todo...

LA MUJER.—Fué una grotesca pesadilla. Es inadmisibile que la distancia quepa en el nudo de nuestro anhelo. Olvidemos ese acto pueril. Cuando te levantes, ¡seremos tan felices! Nos marcharemos al campo y tú beberás con la leche el aroma del amanecer...

LA MUJER está mimosa. Pretende pisotear con su optimismo repentino el designio fatal que, a pesar de éste, prosigue su destrucción.

EL HOMBRE.—¡Es inútil mentirnos! Mi camino continúa adverso al tuyo. Lo fijaron las cartas. Pudo ser mejor ignorar el desenlace. Conocido, sólo nos resta esperar y, entretanto, cumplir con nuestras jornadas de ternura. Yo te amo.

LA MUJER.—¿Y no defenderás este amor?, ¿permitirás el golpe de hiel en medio de nuestros besos?

EL HOMBRE.—No se trata de ello. Vano intento sería subyugar al destino.

LA MUJER.—Luego, ¿renuncias a mí?

EL HOMBRE.—Nos retiran...

Un silencio embarazoso. EL HOMBRE observa, de hito en hito, a LA MUJER. Ella se pasea desgánadamente por la habitación.

LA MUJER.—No entiendo. Si somos un monograma de sangre, dos sílabas de una infinita palabra, ¿por qué desunirnos, por qué establecer entre ambos una muralla de espanto?

EL HOMBRE.—Es uno de los secretos movimientos de la vida... Si yo creyera en Dios, podría darte el consuelo de nuestro encuentro en su morada; podría componer una venda a

nuestra herida; podría ilusionarte... Pero, soy un mortal que no confía sino en la dura verdad de los gusanos. ¿No eres tú, como yo, un ser terrestre y sin mitos?, ¿un ser de barro con las manos atadas a la nada?

LA MUJER (*ausente*).—El cielo está hecho con miedos, con el ¡no! de los orgullosos que se ofenden del solo pensamiento de confundirse, en la muerte, con la cal de los animales... Sin embargo, hay veces en que ansío prenderme a los mitos como a una cauda, dejarme arrastrar por los ídolos a sus territorios de fábula y de alivio: hoy, por ejemplo...

Retorna el silencio. La noche vaga como un espectro gozoso de su imperio. Los amantes se esquivan la mirada. LA MUJER se inclina al HOMBRE, besando su frente. EL HOMBRE acaricia, suavísimo, el rostro de LA MUJER.

EL HOMBRE.—La baraja pronosticó lejanía, sin descubrir su comienzo. Te propongo que extenuemos el éxtasis antes que principie el adiós... Despreocupémonos de la amarga circunstancia para vivir a la orilla de una sima deliciosa.

LA MUJER.—¡Agotemos el deseo!...

EL HOMBRE.—¡Que no reunan nuestras manos más fuerzas que las precisas para sujetar a la muerte!

LA MUJER.—Sea.

LA MUJER apaga la lámpara. El cuarto se ilumina con el resplandor de la noche que asalta a la ventana. La silueta de LA MUJER se distingue nítidamente.

EL HOMBRE.—¡Vivamos en una embriaguez ardiente, de rubíes que fueran casi humanos! ¡Vengüemos con un desbordamiento de lavas nuestra futura sortija despedazada!

LA MUJER.—¡Permitan los dioses que antes que otro pruebe la tibieza de mi vientre, rueden mis huesos por el río de la muerte!

EL HOMBRE.—¡Que mi fuego sea un tigre cautivo en tus entrañas!

Un quietamiento. EL HOMBRE y LA MUJER hánse unido; sus cuerpos quedan, un instante, como atados por la felicidad. En seguida, LA MUJER enciende un cigarrillo y se abstrae, tendida junto a su amante. De fuera se nota la lujuria azul de la noche.

EL HOMBRE (*de espaldas, monologa, como ignorando la compañía de LA MUJER*).—¿No lograré nunca el amor sin otro horizonte que la mano amada suspendida en los ocasos?... Lillian, Marion, Magda, Odette... Perfiles que obstruís mi sangre... Soy el navegante que extravió el ancla ¿Quién me empuja a la turbia ornamentación de las pasiones? ¡Yo te amo! ¿Por qué declinar la batalla? ¡Ah, te cargaré en mi corazón como un incienso prohibido! Tus ojos predestinaban el humo... Yo, en las madrugadas, gustaba mirarte dormida, blanca, blanca, blanca, pez de cadmio, cordillera íntima... ¿Es que vamos a morir? ¿Es que has muerto?...

EL HOMBRE enmudece. El silencio oprime. La fatiga le aduerme efectivamente. LA MUJER, al constatarlo, se encamina a la ventana y la entreabre. Se recorta su figura, El viento desorganiza su cabellera.

LA MUJER.—Me ganaste una nueva partida, ¡maldita! La más querida. Noche: desván del oprobio, perra despreciada por Judas, madrigal de las ramera...

La ventana de par en par. Entonces, la ciudad se ofrece con sus puntos de oro. LA MUJER acciona, ahora, directamente contra la noche.

LA MUJER.—El piensa que la conformidad yace en mi corazón, ¡mentira! Tú que teñiste de soledad mis huellas, escúchame: revientan mis pechos; un baluarte de odio se alza en mis venas; le podría matar... Cuando me abandone, me pintaré y provocaré a los hombres para ser una franja de vergüenza entre sus manos. Una jauría rasga mis dedos. Sola, sola, sola... Soy la pirámide que nadie indaga. ¿Por qué no me devoras? ¡Ay, si pudiera ahogar el sol en mi sollozo!...

Lontanas, se perciben algunas campanadas; la última coincidirá con la caída del telón. El busto de LA MUJER queda casi fuera del balcón. La parte final de su monólogo es un grito que se extravía en la noche.

LA MUJER.—¡Destrózame! Los viajeros opuestos preparan su equipaje. Sombras para las células del olvidado. ¡Manantial de gemidos! Si él me hubiera propuesto venderme como nido de víboras, habría besado sus pies. Su cabeza está junto a la luna... ¡Yo la veo!... Es un planeta sublime. ¡Su cabeza!... Su cabeza que conduce las nubes por los arrabales del silencio... Noche, acerca los tímpanos a mi corazón. Las criaturas del barro me proclamarán su patria. Soy la ciudad en que nacen las alas del crimen. Su pecho fué la mesa donde se ordenó el luto de mis labios. Noche, invencible capitana, en todos los jergones aúllan tus cachorros... ¡Hazme tu sustituta, tu guadaña victoriosa!

Invierno de 1940.